

LA IDENTIDAD EN DEMOCRACIA

Amy Gutmann, Katz editores, Madrid, 2008, 308 páginas.

¿Cuál es el rol que desempeñan los grupos organizados políticamente sobre la base de la identidad en las sociedades democráticas? Esta es una de las preguntas fundamentales que, según Amy Gutmann, la ciencia política ha pasado por alto. Al utilizar el término “grupo de interés” como inclusivo de todos los actores políticos no gubernamentales, los politólogos —especialmente de tradición americana— han ignorado reiteradamente el papel que cumple la identidad grupal al definir y guiar a muchos grupos de relevancia política que actúan en democracia. En especial, el rol de aquellos grupos identitarios organizados que operan fuera del ámbito de los órganos oficiales de gobierno.

En efecto, la autora se propone en este libro responder a dicho interrogante, evaluando el lugar que ocupan los grupos de identidad en democracia, a la luz del respeto a tres principios fundamentales posibles de la justicia democrática: la igualdad civil, la igualdad de libertades y la igualdad de oportunidades básicas. Para ello busca evitar una definición polémica de grupo de identidad que recaiga nuevamente en los dos extremos de análisis sesgado que expresan sus defensores y detractores, quienes se limitan simplemente a santificar o demonizar el fenómeno de la política identitaria. Desde una perspectiva más abarcadora, la autora considera que los grupos basados en la identidad pueden tanto defender la justicia demo-

crática como obstaculizarla. Por eso propone una clasificación que abarque ambas posibilidades para, así, distinguir “lo bueno, lo malo y lo feo” de la política identitaria. Los grupos identitarios son definidos como asociaciones políticamente significativas que convocan a sus integrantes a causa de una identificación mutua, es decir, a partir de uno o varios de los marcadores sociales posibles: el género, la raza, la clase, la etnia, la nacionalidad, la religión, la discapacidad, la orientación sexual, la edad, la ideología, etc.

Existen para la autora cuatro tipos de grupos identitarios: culturales (personas identificadas por una cultura en común), voluntarios (personas organizadas en base a una identidad optativa), adscriptivos (personas organizadas en base a una identidad no optativa) y religiosos (personas identificadas por una religión en común). Los cuatro capítulos del libro están dedicados a un análisis por separado de cada uno de ellos, en tanto representan diferentes modos de propiciar u obstaculizar la justicia democrática. Los grupos culturales velan por la defensa de los principios democráticos cuando consideran que no hay una cultura que abarque completamente la identidad de sus miembros. No lo hacen cuando sostienen que la soberanía ejercida sobre sus miembros debe ser más absoluta cuanto más abarcadora es una cultura. Los grupos voluntarios son compatibles con la justicia democrática cuando canalizan el ejercicio de la libertad individual de asociación. No lo son cuando, al utilizar su derecho legítimo de exclusión, impiden a quienes son excluidos del grupo expresar su identidad en

igual libertad de condiciones. Los grupos adscriptivos defienden la democracia cuando el motivo de orgullo no es la identidad adscriptiva en sí misma, sino la manifestación de esa identidad como personas dignas y respetadas que han superado los obstáculos sociales impuestos por rasgos no optativos. No lo hacen cuando crean nuevas divisiones entre los desfavorecidos y transmiten la peligrosa impresión de que las personas sólo se deben agrupar sobre la base de su identidad común y no en su carácter de seres humanos. Por último, los grupos religiosos son coherentes con las igualdades democráticas cuando protegen la conciencia individual y consideran a todas las personas como sujetos éticos. No lo son cuando consideran que la propia conciencia interna es infalible y discriminan, a partir de ella, a aquellos que disienten con sus creencias religiosas.

En su crítica a la teoría de la elección racional, Amy Gutmann rechaza la idea de que las personas se identifiquen de acuerdo con lo que mejor satisfaga sus intereses, en otras palabras, que el interés de los individuos determine su propia identidad. Por el contrario, sostiene que hay una interacción dinámica entre ambos en la que, inclusive, muchas veces la identificación mutua puede definir el sentido que las personas tienen de sus propios intereses políticos. Esta proximidad causal entre identidad e interés, sin embargo, no debe conducirnos según la autora a la presunción errónea de que el ámbito de estudio de la identidad grupal deba quedar por ello subordinado

al de los grupos de interés. A los efectos de delimitar su objeto de estudio, sostiene que un grupo organizado políticamente es un grupo de identidad, cuando la conformación de su identidad es previa a su interés o, por el contrario, un grupo de interés, cuando la constitución de su interés común es previo a su identidad.

Ahora bien, no siempre un observador está en condiciones de determinar qué fue previo en una determinada organización política. Al igual que en la clásica pregunta sin respuesta, “¿el huevo o la gallina?”, intentar establecer una distinción conceptual a partir de la interrogación acerca de qué surgió primero, el interés o la identidad, no parecería ser un recurso del todo confiable para dotar de claridad suficiente al concepto de grupo de identidad en tanto categoría de análisis. Se podría argüir que un mismo grupo que actúa en democracia puede ser observado desde estas dos perspectivas complementarias, según la conveniencia del investigador. Pero esta es una solución posible al dilema que la autora apenas deja entrever.

A modo de conclusión, el presente libro es útil para comprender cómo los grupos organizados políticamente sobre la base de la identidad mutua pueden constituir un medio importante para propiciar la defensa de la justicia democrática. Esto es, siempre y cuando las personas se asocien políticamente con los demás para perseguir causas justas, gracias y no a pesar de su identificación con un grupo en particular.

Enzo Benes

ELECCIONES Y POLÍTICA EN AMÉRICA LATINA

Manuel Alcántara Sáez y Fátima García Díez (editores), Centro de Estudios Políticos y Constitucionales y Fundación Carolina, Madrid, 2008, 385 páginas.

Elecciones y política en América Latina consta de 15 capítulos incluida una presentación realizada por los coordinadores del mismo que aborda el carrusel electoral latinoamericano llevado a cabo entre noviembre de 2005 y diciembre de 2006. La simultaneidad de estos procesos electorales sin lugar a dudas implica un efecto contagio producto de la influencia ejercida por algunos países o líderes regionales; a pesar de ello este estudio no sólo aborda este proceso de manera general, sino que en cada uno de los capítulos se analizan las particularidades de cada caso. Los autores realizan en cada capítulo un análisis de la campaña electoral y de sus respectivos resultados, de los principales desafíos a los que se enfrenta el gobierno y el escenario futuro. Estos aspectos son analizados teniendo en cuenta una serie de factores comunes en la región. En primer lugar debe destacarse la institucionalización del proceso electoral, es decir, el cumplimiento del calendario constitucional que establecía las elecciones. A su vez debe mencionarse como elemento común de los países latinoamericanos el presidencialismo, y junto a él, dos aspectos estrechamente vinculados: por un lado la posibilidad de la reelección, cada vez más presente, y por otro, la existencia de candidaturas presidenciales dentro del

marco partidista, dejando de lado, momentáneamente, los candidatos *outsiders* que afloraron anteriormente. Por último, hay dos ejes que estuvieron presentes en estos procesos: por un lado la pervivencia del binomio izquierda-derecha, y por otro la incorporación a la política latinoamericana de los factores étnicos y regionales en política.

Dando inicio a este volumen Francisco Panizza destaca la marea rosa de gobiernos de izquierda y centro izquierda que está en el poder. Si bien no en todas las elecciones han triunfado candidatos de izquierda, la continuidad democrática ha favorecido su crecimiento y en algunos la experiencia en ámbitos subnacionales le han permitido triunfar a nivel nacional o imponerse como alternativa política viable.

A continuación, Booth y Aubone investigan cuáles son los factores que influyen en el aumento o disminución de los niveles de participación electoral en Honduras. Para ello cuestionan la tesis de Lipset que postula que en los países pobres no habría democracia y que serían inactivos y autoritarios. A través de los datos presentados demuestran que si esta tesis fuese correcta ni Honduras ni Nicaragua serían democracias formales dado los niveles inferiores de participación electoral que obtienen.

El caso boliviano es estudiado por Lazarte, quien afirma que los resultados de las elecciones han abierto una nueva época: por primera vez la candidatura ganadora recibe un amplio apoyo del electorado con un 54 por ciento de los votos. A su vez, destaca dos consecuencias fun-

damentales: por un lado el recambio de la elite gobernante y por otro el surgimiento de un nuevo sistema de partidos reemplazando al anterior en marcha desde 1985.

Leticia Ruiz Rodríguez aborda las elecciones simultáneas presidenciales y legislativas en Chile, en las que se produce el triunfo de Michele Bachelet, lo cual reválida a la Concertación por cuarto período consecutivo en el gobierno y a su vez logra por primera vez en Chile que una mujer sea presidenta. Luego de un profundo análisis, la autora destaca dos de los principales desafíos que afronta el gobierno de Bachelet: en primer lugar la redefinición de un modelo que combine el crecimiento económico con una agenda social para evitar que la brecha de la desigualdad siga creciendo, y en segundo lugar reemplazar el actual sistema electoral vigente por uno más inclusivo.

El quinto capítulo elaborado por Rojas Bolaños manifiesta que la adhesión ciudadana a los partidos que conformaban el sistema bipartidista costarricense se fue debilitando en los últimos 10 años, por lo tanto, las amplias mayorías parlamentarias de que disponían los partidos desaparecieron y comenzaron a emerger gobiernos legítimos pero débiles políticamente. De esta manera, el autor destaca la existencia de una continuidad aparente, porque en el fondo hay un proceso de reacomodo de fuerzas que aún no se sabe como cristalizará.

Las elecciones en el año 2006 en Perú son analizadas por Tuesta quien destaca que la campaña electoral a nivel presidencial giró en torno a los 3 candidatos con mayores posibilidades: Lourdes Flores,

Alan García y Ollanta Humala, que representaban el 80 por ciento de la intención de voto. El resultado dio como ganador a Alan García, recuperando de esta manera el poder tras 16 años. Con respecto a las elecciones parlamentarias, afirma que el resultado fue que ningún partido político logró la mayoría absoluta, en parte gracias al nuevo umbral de representación que sólo permitió que ingresaran al Congreso 7 de los 24 listas que disputaron el voto.

Simón Pachano analiza el proceso electoral ecuatoriano buscando las causas de los resultados de las pasadas elecciones presidenciales y legislativas a fines de 2006. Destaca los cambios ocurridos en el sistema de partidos, especialmente el reemplazo de los partidos tradicionales y la renovación del sistema por medio de la cohabitación de estos últimos con las organizaciones surgidas en años recientes. Estas elecciones se caracterizaron además por un elemento fundamental, que fue la decisión del candidato ganador de no presentar lista de diputados. Otro aspecto novedoso de estas elecciones está vinculado a la distribución de los votos debido a que el movimiento triunfador fue un fenómeno de alcance nacional sin el sesgo regional que siempre tuvieron los resultados presidenciales y legislativos anteriores.

Mejía Acosta y Machado Puertas abordan los casos de Bolivia, Ecuador y Perú en perspectiva comparada. Los autores parten de la premisa de que la inestabilidad política en la región andina responde a factores estructurales que trascienden la coyuntura electoral. Estos factores in-

cluyen una crónica debilidad de las instituciones democráticas, una intensa fragmentación (étnica y regional) del tejido social y el insuficiente crecimiento del aparato económico productivo. Sin embargo reconocen que ningún factor por sí mismo es suficiente para provocar una situación de crisis, sino la combinación e interacción entre ellos.

El escenario político colombiano es objeto de análisis de Carlos Guzmán, quien afirma que tras las elecciones legislativas se evidencia una profunda crisis del sistema de partidos políticos con el agotamiento de los actores tradicionales y con la interrogante acerca de si los nuevos actores que emergen serán sus protagonistas permanentes o tan sólo fugaces manifestantes. A modo de conclusión el autor menciona una serie de consecuencias derivadas de los resultados electorales: en primer lugar el fortalecimiento del respaldo a Uribe por parte del electorado; en segundo lugar la derrota de la oposición, cuestión que adquirió los rasgos de un desastre en el caso del Partido Liberal; y por último la dispersión del uribismo en varios grupos, lo que deja al presidente Uribe como su árbitro y director único.

A continuación Peschard profundiza sobre las elecciones del 2 de julio de 2006 en México. Éstas se produjeron en el marco de la normalidad democrática con autoridades electorales respaldadas por altos niveles de confianza ciudadana y con un sistema de partidos con 3 principales fuerzas políticas. Más allá del tema electoral, estaba la preocupación de que los resultados volvieran a conformar un gobierno dividido, sin mayoría en el Con-

greso, lo que en el gobierno de Fox había mostrado ser un obstáculo difícil de remontar. El rasgo distintivo de estos resultados fue el estrecho margen de victoria entre el primero y el segundo (medio punto porcentual) lo que dio lugar a un largo litigio postelectoral y a la polarización de la sociedad.

Las elecciones presidenciales de 2006 en Brasil que dieron nuevamente como ganador a Lula da Silva son analizadas por Wladimir Gramacho quien destaca que en este segundo período Lula se enfrenta a un escenario renovado, caracterizado por algunos aspectos como la fragmentación del sistema de partidos y el federalismo como proveedor de numerosos veto *players* a cambios importantes en las instituciones. Además identifica ciertos aspectos, al igual que otros autores, que identifican a los poderes legislativos del presidente y a las prerrogativas de los líderes de los partidos en el legislativo como las bases de la gobernabilidad brasileña que le da buenas condiciones al gobierno a la hora de imponer su agenda.

Salvador Martí indaga sobre las elecciones presidenciales de 2006 en Nicaragua, las que se caracterizaron por una intensa presencia de la administración norteamericana en el proceso electoral y por la reaparición en la agenda internacional de este pequeño país a raíz del regreso del sandinismo al poder. El autor menciona el principal reto que deberá enfrentar el FSLN en la presidencia, que es dirigir la política en un contexto de gobierno dividido y lograr un cuidadoso manejo de sus relaciones internacionales no sólo con la administración norteamericana sino tam-

bién con Hugo Chávez, quien prestó apoyo a Ortega en su campaña.

Venezuela una vez más el 3 de diciembre de 2006 concurre a las urnas, sometiendo a Hugo Chávez por cuarta vez al escrutinio popular (incluyendo el referendo revocatorio de 2004). De esta manera logra consolidar el proyecto político del gobierno. Sin duda esta legitimidad se ve favorecida por un mercado petrolero internacional beneficioso. Como consecuencia de este proceso se destaca el hecho de que la oposición no logre superar sus dificultades a pesar de que los diversos sectores de la oposición lograron unificarse para presentar un candidato único.

Por último, Daniel Zovatto cierra este volumen con un balance general de lo sucedido en la región. El autor realiza un repaso por los resultados electorales destacando los aspectos relevantes. Así menciona una serie de tendencias, entre ellas las profundas fracturas regionales en materia electoral en las que las áreas más postergadas expresan su rechazo al modelo económico y político vigente. Otro aspecto presente en estos procesos es el tema del financiamiento de la política y su relación con la corrupción que en mayor o menor medida afecta a la mayoría de los países.

Finalmente destaca dos tendencias que han estado presentes en este intenso calendario electoral: por un lado, las encuestas de opinión pública, las cuales evidenciaron serias dificultades en los sondeos para adelantar tendencias y resultados, y por otro el tema de las campañas electorales y su creciente “americanización”.

El volumen no sólo aporta una serie de evidencias vinculadas a la institucionalización de las elecciones como principal satisfacción a nivel regional, que pone de manifiesto la voluntad de la ciudadanía de acudir a las urnas; también refleja una preocupación latente en cada uno de los autores que es la necesidad de avanzar de manera apremiante en el fortalecimiento y perfeccionamiento de la institucionalidad política, porque a pesar del cumplimiento del calendario electoral, desde 1993, 14 de los presidentes electos no han podido terminar su mandato constitucional. Entre los principales aportes de este libro, que es fruto de un esfuerzo colectivo de cada uno de los autores y de la cuidadosa edición, es la preocupación por el fortalecimiento institucional y el de sus actores, centrándose en la elite política como una de las principales responsables de llevar a cabo el cambio político.

Cecilia G. Rodríguez

**LA NUEVA IZQUIERDA.
TRIUNFOS Y DERROTAS DE LOS
GOBIERNOS DE ARGENTINA,
BRASIL, BOLIVIA, VENEZUELA,
CHILE, URUGUAY Y ECUADOR**

**José Natanson, Debate, Buenos Aires,
2008, 288 páginas.**

“La cuestión de la izquierda ha sido largamente debatida por políticos, intelectuales y analistas. ¿Tiene sentido seguir hablando de la izquierda como de una entidad única y enfrentada a una supuesta derecha? Creo que sí, y la respuesta está en un pequeño librito de Norberto Bobbio, el gran politólogo italiano que en 1995 zanjó milagrosamente el debate acerca de la utilidad o no de la clásica distinción (...) la clave reside en la posición frente a la desigualdad. De acuerdo con este punto de vista, mientras que la izquierda identifica a aquellas corrientes políticas que ponen a la desigualdad en el centro de su acción y que desarrollan diferentes estrategias para reducirla, la derecha la considera inherente a la condición humana, un hecho natural que no sólo tiene sentido combatir sino que incluso puede ser positivo, sobre todo si es resultado del esfuerzo individual, pues funciona como un motor del progreso” (269). Esta cita hacia el final del libro refleja la difícil apuesta de Natanson, decidido a desentrañar en qué han contribuido los gobiernos de izquierda en América Latina durante el último lustro. *La nueva izquierda* representa una pieza de actualidad para conocer la situación de algunos países de América Latina. La consolidación de la presencia de gobiernos de izquierda en Ar-

gentina, Brasil, Bolivia, Chile, Ecuador, Uruguay y Venezuela motiva al autor a buscar las líneas de políticas comunes y divergentes en estos países. En una atractiva amalgama de reseña periodística con aportes de teoría e ilustrativos datos de coyuntura, el periodista y politólogo, jefe de redacción de la revista latinoamericana de ciencias sociales *Nueva Sociedad*, nos trae, con casi trescientas páginas, una pieza fundamental de divulgación para conocer los escenarios de la región y poder realizar aportes a un debate más robusto y necesario para una perspectiva desde el sur.

“¿Por qué Venezuela eligió a un militar de pasado golpista y discurso *anti-statu quo*, Argentina a un matrimonio político que proponía recuperar los valores del viejo peronismo, Ecuador a un economista joven que criticaba al FMI, Brasil a un ex obrero metalúrgico que no terminó el quinto grado, Uruguay a un oncólogo prestigioso que prometía un cambio sin sorpresas, Chile a un sobrio académico socialista y después a una mujer divorciada y torturada por la dictadura, y Bolivia a un indígena cocalero que busca recuperar el tiempo perdido tras cinco siglos de explotación colonial y neocolonial?” (26). Buscando el recorrido de cada uno de los actuales mandatarios, el autor muestra cómo las experiencias en Brasil, Uruguay y Chile son resultado de graduales construcciones partidarias, a diferencia de Argentina, Bolivia, Ecuador y Venezuela.

Lula construye una paciente carrera como líder sindical en el cordón industrial de San Pablo, cuando es presidente del sindicato de metalúrgicos en 1975. Por ese entonces emerge el nuevo sindicalismo

brasileño, más combativo, independiente del Estado, abierto y democrático, que fue la base de un nuevo partido político, el Partido de los Trabajadores, fundado en febrero de 1980. La paciente carrera de Lula por la presidencia le hace entender la necesidad de ofrecer desde el PT una opción moderada, enviando la Carta al Pueblo brasileño donde firma su compromiso de no cambiar el rumbo económico, sacudiéndose su fama de dirigente combativo por sugerencia de su asesor de imagen, Duda Mendonça. Gana en octubre de 2002 con el 62% de los votos.

Uruguay tiene una historia de movimientos amortiguados. En 1971, todas las familias de la izquierda, desde los partidos Comunista y Socialista hasta la Democracia Cristiana, fundan el Frente Amplio bajo el liderazgo de Seregni. Hacia los noventa resurge una izquierda que de nueva tiene poco a juzgar por el promedio etario de los dirigentes del partido. Ahí estará Tabaré. “Médico en lugar de abogado, dirigente de fútbol en vez de sindicalista, mucho más joven que el promedio de los militantes de izquierda, era un hombre relativamente desideologizado, que había pasado casi toda su vida alejado de la política y que justamente por eso aparecía como una figura fresca y renovadora” (63).

Por otro lado, Argentina, Bolivia y Ecuador experimentan procesos mucho más convulsionados. En 2002, Argentina vio simultáneamente derrumbados sus sistemas económico y político. A diferencia de Venezuela, donde el modelo neoliberal vuela por los aires, no se produce una transformación radical del orden institucional ni un reemplazo masivo de elites sino “un

sacudón que se procesó constitucionalmente” y llevó al poder al matrimonio Kirchner. Este matrimonio había vivido con alegría el *revival* peronista de la primavera camporista, habían tenido contactos con los militantes universitarios peronistas que articulaban con las organizaciones armadas. Estos años “resultarían claves para la formación política de los Kirchner y dejarían en ellos una huella que perdura hasta hoy, detectable no sólo en el desprecio a los militares y en la voluntad de hurgar en el pasado para investigar los crímenes de la dictadura, sino en algunos tics generacionales menos tangibles, pero definen a fuego su estilo político: una sobreestimación de lo que es posible hacer en base a la mera voluntad política y una visión de la realidad en lógica permanente de amigo-enemigo” (36).

Ecuador es el reino de los *outsiders*. Cuando el presidente Lucio Gutiérrez, militar de origen popular que había seducido al movimiento indígena, es reemplazado por su vice Alfredo Palacio en 2005, designa un gabinete de tecnócratas y académicos entre los que sobresale su joven ministro de economía Rafael Correa. Intelectual de los círculos de los economistas heterodoxos, intenta una reorientación económica, suspende las negociaciones del libre comercio con Estados Unidos, elimina el fondo especial destinado al pago de los intereses de la deuda para asuntos sociales más urgentes, y propone la rescisión del contrato con la norteamericana *Occidental Petroleum*.

En Bolivia transcurre una revolución simbólica. Los booms de la coca hacen emerger progresivamente el carácter com-

bativo del movimiento indígena y los cocaleros ganan peso dentro del movimiento campesino. En 1992 forman un partido político, el Movimiento al Socialismo. Evo Morales es diputado nacional y a partir de septiembre de 2003 lidera el movimiento indígena que despliega bloqueos intermitentes. En medio de la inestabilidad institucional el presidente de la Corte Suprema llama a elecciones en 2005, cuando gana Morales. Indígena antes que indigenista, sin hablar bien el aymara ni habiendo militado en el katarismo, conquista un vasto electorado urbano, mestizos, aymaras y quechuas que miran televisión, usan celular y trabajan en el comercio.

Venezuela es el caso más emblemático del surgimiento de la izquierda en la región. Después de la masiva protesta social conocida como el Caracazo en 1989, dentro del ejército Hugo Chávez funda una organización clandestina, semilla del Movimiento Revolucionario Bolivariano con liderazgo conspirador. En 1992 este grupo fracasa en el intento por golpear al gobierno de Pérez. El presidente es acusado de corrupción mientras Chávez llama a triunfar en las presidenciales de 1998 y a convocar a una asamblea constituyente para refundar Venezuela. Chávez percibe que la polarización social puede convertirse en política y que los ingresos del petróleo no alcanzan para cerrar las brechas sociales, y los sectores desprotegidos están listos para apoyar a un candidato antisistema que obtiene el 56% de los votos.

Así se inicia el proceso de retorno de la izquierda latinoamericana. Este libro fáctico describe lo sucedido en la mayoría de

los países de América Latina luego de los convulsionados finales de la era neoliberal, cuando “en menos de una década, diez presidentes sudamericanos tuvieron que dejar el gobierno antes de tiempo, jaqueados por manifestaciones populares o tras duras represiones que ocasionaron muchísimos muertos” (83). Si bien las experiencias de cada país no son similares, Natanson encuentra respuestas equivalentes luego de las experiencias frustradas del neoliberalismo: los problemas para desarrollar políticas económicas determinantes y las poco zanjadas discusiones sobre los males y bienes del populismo como forma autóctona de gobierno. Los rasgos comunes se centran en un retorno a programas económicos más heterodoxos, con un rol protagónico del Estado, con mayor preocupación por bajar los niveles de pobreza y desigualdad. Asimismo, hay coincidentemente una voluntad discursiva por parte de casi todos los mandatarios de avanzar en mayores niveles de integración regional. Sin embargo, no todo conduce a la armonía regional. El libro documenta las intenciones de Brasil por generar su propio lugar como potencia en el mundo, y no sólo como un actor regional. Venezuela y su petrodiplomacia compiten con Brasil. En el medio, los países más pequeños buscan sus propios caminos coqueteando con Estados Unidos en un contexto favorable por el precio internacional de las materias primas y la supuesta reversión en los términos del intercambio.

Lo fáctico y las corrientes teóricas latinoamericanas —la única verdaderamente latinoamericana es la teoría de la dependencia— se van combinando con entrevis-

tas directas a los protagonistas de la historia de la última década. Para aquellos interesados en la actualidad de América Latina, este es un libro útil, de fácil lectura, que constituye una práctica referencia bibliográfica que cualquier periodista, politólogo y especialista en relaciones internacionales debe tener a su alcance.

Carola Lustig

**DEL OTRO LADO DEL RÍO.
AMBIENTALISMO Y POLÍTICA
ENTRE ARGENTINOS
Y URUGUAYOS**

**Vicente Palermo y Carlos Reboratti
(compiladores), Edhasa, Buenos Aires,
2007, 254 páginas.**

La controversia por la instalación de las papeleras de Fray Bentos y sus derivaciones tomaron estado público en una escala que fue (y va) desde lo local a lo internacional. Se puede leer en los periódicos y ver en la televisión, suscitó presentaciones judiciales en el plano regional y llegó a requerir la intervención de la Corte Internacional de Justicia de La Haya y la mediación del Rey de España. El tema llegó inclusive a ser mencionado en la ceremonia de asunción de la presidente argentina Cristina Fernández en presencia del primer mandatario uruguayo.

¿Cómo se entiende este fenómeno y sus efectos? Los compiladores de esta inteligente obra proponen una manera de hacerlo: sumergirse entero en las corrientes de causas, actores y acciones que transformaron la cuestión de un entredicho local a un desborde de miradas y posiciones que permanece actualmente estancada de soluciones. Convocando a estudiosos de distintas disciplinas sociales —y asegurando un análisis desde tierras argentinas, brasileñas y uruguayas— Palermo y Reboratti logran un cauce para abordar la compleja situación en torno a las papeleras.

Lucía Aboud y Anabella Museri logran acabadamente introducir al lector en el devenir de la compleja situación en el capí-

tulo inicial “En caída libre. Del diferendo al conflicto”, proporcionando una suerte de mapa sobre la totalidad de la compilación. Las autoras se retrotraen a los años 80 con el Plan Nacional de Forestación uruguayo y marcan asimismo su posterior resultado en la iniciativa de instalar una pastera en Fray Bentos hacia el año 2002, que ocasionó cierta movilización conjunta entre uruguayos y argentinos y la creación del polo de Vecinos Autoconvocados de Gualaguaychú. Estos últimos serían antecedentes del diferendo que se crearía hacia febrero de 2005 bajo el gobierno de Tabaré Vazquez, con la autorización para instalar una segunda pastera a cargo de la empresa finlandesa Botnia. Se conformaría así como actor social la Asamblea Ciudadana Ambiental de Gualaguaychú (ACAG), analizada por las autoras en su organización interna, consignas, lógicas y ciclos de protesta. Esta movilización daría por tierra con la postura inicial de la cancillería argentina (de seguimiento de la instalación de la papelera pero no de rechazo) obligándola a tomar una posición político-reactiva frente al móvil económico que detentaba Uruguay en esta iniciativa. Desde un punto de vista histórico-explicativo, el capítulo ilustra de modo atrapante cómo se conforman paulatinamente el escenario y sus actores, “guionados” en una escalada de intensidad que lleva de una instancia “encapsulada-tecnocrática” a una etapa “participativa-politizada” de suma cero para ambos países.

La semilla de la discordia será analizada por Raquel Alvarado en “Política forestal, plantas de celulosa y debate ambiental. Uruguay tras un nuevo modelo de desarro-

llo”, bajo cuyo título se analiza con un detallismo excepcional la razón de ser de la instalación de papeleras en el Uruguay y la firmeza de su gobierno en la defensa de este proyecto, que encuentra asidero hacia 1987 en la ley conocida como “Ley Forestal”. Es que esta última medida llevaría a las actuales 750.000 hectáreas de plantaciones destinadas para este fin y cerraría la polémica nacional uruguaya que va mucho más allá de la coyuntura de puestos de trabajo e ingresos nacionales: se trata de cambiar el perfil económico de Uruguay de “un país de servicios” a “un país productivo”.

A esta frase François Graña le agrega otros factores: resulta también un conflicto de motivaciones, percepciones, discursos y convicciones por parte de los variados actores involucrados en él, todo lo cual es tratado en “Botnia, actores sociales y gobernanza”. El autor toma como eje teórico de su análisis la diferencia entre gobierno y gobernanza, definiendo esta última como “... horizontalidad en la gestión del poder para la resolución de problemas complejos con participación de todos los actores involucrados” (93). Así, se despliegan los accionares y móviles de cada uno de los polos que intervienen en el conflicto por las papeleras, expuestos como si el lector mantuviera una entrevista con cada uno de los cuatro niveles principales que gravitan en torno a Botnia: la empresa, el sindicalismo, el movimiento ambiental y los asesores y técnicos que diagnostican a favor y en contra de la instalación de las papeleras.

El cuarto capítulo completa el segundo, desde que explica la motivación que impulsó la rigidez e intransigencia desde la

vera argentina: el ambientalismo. Carlos Reboratti, se adentra entonces en las implicancias globales, regionales y nacionales del fenómeno en “Ambientalismo y conflicto ambiental en el Río Uruguay”. Su aporte es vital e interesantemente logrado, pues se ocupa de trazar la historia del ambientalismo mientras desbroza el concepto y sus usos en los sucesivos contextos temporales y espaciales donde surgió y surge. En esta línea, distingue en Argentina tres variedades visibles: 1) el desarrollado en el ámbito estatal, 2) aquel no estatal pero formalmente institucionalizado y 3) el ambientalismo espontáneo. Con este marco, Reboratti profundiza sobre la ACAG, (re)construyendo junto al lector su surgimiento, la institucionalización que fue logrando, los rasgos particulares de su organización y funcionamiento interno y las líneas de acción y visibilidad que emplea. Pero la mirada de Reboratti resulta distintiva al amalgamar la escalada de intensidad (de diferendo a conflicto) con la veta ambiental como eje pivotante, llegando al término de “conflicto ambiental” como definitorio de la situación acaecida en Fray Bentos.

El ambientalismo argentino se cristalizó en Entre Ríos, la provincia de “todos los verdes”, y su reclamo encontró un eco cierto en la política local. Es por ello que Juan Lucca y Cintia Pinillos tratan en esta sección los “Avatares de la política entrerriana a propósito del conflicto de las papeleras”. En un trabajo muy rico, logran graficar la situación política de la provincia desde la restauración democrática de 1983 al estallido del conflicto, corriendo los velos sobre los patrones de cooperación, consen-

so, desacuerdo y ruptura de los actores políticos locales. Así, los espacios de poder cubiertos por el PJ, la UCR y las dilemáticas “terceras fuerzas” son comparados en impecables gráficos de incidencias electorales bajo un recorte temporal de veinte años (1983-2003). Como si la labor realizada no bastara, los autores articulan estas fuerzas con las de nivel nacional, atendiendo en este conflicto la relación con el gobierno de Néstor Kirchner. La reflexión de este apartado es contundente: “... el conflicto de las papeleras (...) no modificó los clivajes históricos que articularon el conflicto político en la provincia desde el retorno de la democracia” (165). De allí se entiende la fuerte presencia del gobernador como mediador entre la ACAG y el gobierno nacional.

Pero la fuerza provincial presenta más terrenos de acción que la política local, y ello lo demuestran acabadamente Miriam Gomes Saraiva y Marcelo de Almeida Medeiros en “La crisis de las papeleras y los actores subnacionales en el Mercosur”. Allí convergen los niveles globales, regionales y locales que erigieron a las provincias/regiones/departamentos/estados como actores subnacionales que se mueven con cierta autonomía en el escenario internacional. Los autores de este sexto capítulo efectúan un delicado tratamiento de la normativa que posibilita la “paradiplomacia” de parte de estos actores, potenciando las situaciones locales a escala extra-nacional, y posibilitando que actualmente el Gobierno de Entre Ríos y la Municipalidad de Gualeguaychú se erijan como caja de resonancia del movimiento ambiental de la zona en el plano internacional.

El séptimo capítulo, “Papeleras: sacan-
do las castañas del fuego”, navega otras
corrientes a una profundidad donde no lle-
ga la luz que baña la superficie de las aguas.
Es que Vicente Palermo desmenuza dedi-
cada e inteligentemente el conflicto ambien-
tal para revelar los factores políticos y cul-
turales que guían la acción de los sujetos y
las instituciones involucradas en la polémica
desde cada una de las orillas. El autor
detecta en primer lugar que el diferendo
obtuvo cauce de conflicto debido a la
ausencia de redes de contención
institucionales que pudieran manejar las
primeras reacciones que hicieron a la es-
calada de la situación. La ACAG se consti-
tuye sin ataduras políticas, adoptando un
tinte confrontativo de suma cero y exigien-
do el acatamiento de sus demandas sin con-
cesiones, en lo que Palermo considera un
“fundamentalismo ambiental” llevado ade-
lante por “neopiqueteros” vecinalistas. La
sobreactuación de cada una de las cúpulas
gubernamentales ribereñas abonó la des-
confianza entre sí, convirtiéndose ello en
nicho para el ambientalismo y su accionar
autónomo e intransigente. De este modo,
el inmenso poder de la duda ayudó en la
construcción de una suerte de “causa na-
cional” ambientalista, donde Palermo ad-
vierte la presencia de la matriz político-
cultural que tiempo atrás diera lugar a la
“causa Malvinas”. Este nuevo escenario,
donde se reeditan bajo tinte ambientalista
los sentimientos nacionalistas de la cultura
argentina, pudo ser desactivado a tiempo
por el Gobierno nacional, que dispuso y
disfrutó de significativos grados de liber-

tad para actuar oportuna y positivamente
en pos de prevenir el actual estado del con-
flicto. Pero en la ausencia de ese accionar,
pareciera que la reacción ambientalista
argentina hubiera hecho un “flaco favor a
los orientales”: provocando — por “efec-
to espejo” — una causa nacional del otro
lado del río que amalgamó posiciones in-
ternas del Uruguay en defensa de la instala-
ción de las plantas de celulosa de la empre-
sa Botnia. Ante estas aguas de intransigen-
cia, Palermo vislumbra que la posibilidad
de reversión de la espiral negativa en torno
a las papeleras de Fray Bentos “... radica
hoy por hoy en mayor medida en lo que
podamos hacer los argentinos: de noso-
tros dependen los primeros pasos hacia un
círculo virtuoso” (233).

Así, *Del otro lado del río* desarma y re-
construye el conflicto de las papeleras
para que sea asequible a una compren-
sión seria, procediendo con una rigurosi-
dad analítica específica en cada uno de
sus componentes y enriqueciendo de este
modo la propuesta sin minarla como uni-
dad. Al abundante trabajo de campo y
bibliografía que la sustentan (donde con-
sta la colaboración de María Lavega); y al
aporte ilustrativo que constituyen los ma-
pas situacionales compuestos por Yuri
Resnichenko, se suma la mirada seria, ori-
ginal y cuestionadora de los autores en
cada uno de sus capítulos, conformando
una lectura obligada que reclama una re-
flexión sobre nosotros mismos e invita a
alzar la vista hacia la otra orilla, para es-
capar a toda isla de interpretación sim-
plista y auto-referenciada.

Juan Cruz Vazquez

DEMOCRACIA S. A. LA DEMOCRACIA DIRIGIDA Y EL FANTASMA DEL TOTALITARISMO INVERTIDO

**Sheldon S. Wolin, Katz editores,
Madrid, 2008, 404 páginas.**

¿Cuál es la relación entre democracia y totalitarismo? ¿De qué forma las democracias liberales contemporáneas pueden devenir en nuevas formas de autoritarismos? ¿Es posible pensar que el modelo democrático por antonomasia, los Estados Unidos, se halle bajo un proceso de transformación política que lo convierta en una forma invertida del totalitarismo? Estas son algunas de las preguntas que atraviesan el nuevo trabajo de Sheldon Wolin, uno de los más destacados teóricos políticos norteamericanos, sobre el futuro de la democracia.

El profesor emérito de Princeton, con sus 86 años, decide encarar una crítica audaz al sistema político democrático estadounidense intentando comprender cuáles son los profundos anclajes antidemocráticos de su sistema político. Según la tesis central del libro, la democracia de Estados Unidos se está transformando imperceptiblemente en una nueva forma política del totalitarismo. A esta novedosa forma de poder el autor la denomina “totalitarismo invertido”. Para Wolin, claramente, la era del ex-presidente norteamericano George W. Bush inicia un proceso político caracterizado por la desmovilización política de sus ciudadanos, la “soberanía de los consumidores” y “la democracia de los accionistas”.

De esta manera el politólogo norteamericano intenta describir de forma minuciosa los rasgos dominantes de un sistema que si bien no se puede comparar con los estados totalitarios del siglo XX: la Alemania de Hitler, el fascismo italiano y la Unión Soviética, deviene progresivamente en una democracia dominada por un poder económico que es un “poder total”. A diferencia de los conocidos sistemas autoritarios del siglo pasado, el totalitarismo invertido implica la armonización entre el Estado y el sistema económico. Así, las corporaciones, los variados grupos de interés y de presión no organizados y los poderes financieros, entre tantos actores de la economía de mercado, estarían consolidando una lógica política distinta a la aparente democracia participativa. Pero ¿por qué invertido? El argumento de Wolin es el siguiente: esta novedosa forma del totalitarismo no nace ni de una revolución ni de una ruptura sino de un proceso dirigido cuyo objetivo es la desmovilización de las masas desde arriba hasta alcanzar una ciudadanía apática y sin ningún interés político, es decir, devolverlas a un estado de minoría de edad como lo había advertido Tocqueville al señalar los peligros de la democracia americana.

En este sentido, la retórica del gobierno de Bush esconde quizá la inversión más importante: los tres principales regímenes totalitarios se dedicaron a crear y exaltar la movilización política por medio de plebiscitos, espectáculos, discursos y propaganda partidaria. Sin embargo, en el totalitarismo invertido se cultiva una sociedad en la que los ciudadanos, lejos de verse impulsados a una manifestación y adhesión

política permanente, padecen un letargo político que se cristaliza en la concurrencia a las urnas.

Para Wolin los ciudadanos estadounidenses han sido víctimas de un proceso de retroceso de los servicios sociales que sirvió para establecer un clima de futilidad política y económica. Un totalitarismo invertido necesita una ciudadanía sin sentido crítico ni responsabilidad. Así, "... ante el compromiso cada vez menor de los ciudadanos comunes, la democracia se va tornando peligrosamente vacía, no sólo abierta a los llamados antipolíticos al patriotismo ciego, el miedo y la demagogia, sino también cómoda con una cultura donde la mentira y la tergiversación se han convertido en prácticas normales" (364).

Otra de las diferencias que establece el autor entre los totalitarismos clásicos y el totalitarismo invertido es que, durante los años de su dominación quedó muy claro que el capitalismo se encontraba subordinado al poder estatal y el poder del partido. En cambio, el gobierno de Bush se enorgullece abiertamente de sus conexiones con los poderes económicos y nombró a muchos representantes del corporativismo americano como funcionarios políticos de su administración y dentro del propio Partido Republicano.

Por otra parte, la *Democracia S.A.* intenta estudiar lo que Wolin llama "Superpoder": la proyección del poder hacia afuera. Es decir, una novedosa estrategia de política exterior que actuaría de manera indeterminada e impaciente con la capacidad de imponer su voluntad en cualquier momento y se caracteriza por el dominio militar. De esta manera, el totalita-

rismo invertido "explota la autoridad y los recursos del Estado, obtiene su dinámica mediante la combinación con otras formas de poder, como las religiosas evangélicas y —muy particularmente— alentando una relación simbólica entre el gobierno tradicional y el sistema de gobierno privado representado por las modernas corporaciones empresariales.

En la extraña alianza entre el arcaísmo religioso y la modernización económica que ha formado Superpoder encontramos fuerzas reaccionarias, regresivas y progresivas de cambio radical que muestran los límites de la práctica democrática. Así hoy la sociedad americana se encuentra frente a una disyuntiva entre dos formas de política: la del Superpoder y la democracia. La diferencia entre ambas lógicas de poder quedó inscrita en la invasión de Estados Unidos a Irak. Así, "el planeamiento deficiente de la guerra, los intentos desdichados de administrar el país luego de la caída de Saddam, el sacrificio de vidas estadounidenses (...) el daño incalculable infligido al país y a sus habitantes" (362) implicaron un fracaso profundo que permite cuestionar la salud del sistema político en su totalidad.

En cuanto a su estructura, el libro está organizado en 13 capítulos a lo largo de los cuales se desarrolla de manera precisa la tesis del totalitarismo invertido. A diferencia de otros textos del autor, el último apartado juega el rol de la conclusión final. Allí, Wolin nos ofrece un diagnóstico que parece confirmarse a la luz de los acontecimientos de los últimos años y de la crisis de un sistema financiero y económico que escapó de todo control. Los Estados Uni-

dos se han convertido, en el mejor de los casos, es una “democracia dirigida” en la que el pueblo deja de ser soberano para pasar a ser manipulado por un poder corporativo que no responde a los controles del Estado. En definitiva, la arriesgada tesis de Wolin sobre la democracia norteamericana debe ser entendida como un recordatorio: “la democracia puede sobrevivir y florecer dependiendo, en primera instancia, de que el pueblo opere un cambio en su propia naturaleza, se desprenda de su pasividad política y adquiera, en cambio, algunas características de un demos (400)”.

Sin embargo, la democracia a gran escala implica necesariamente un binomio: pueblo/representantes. Por ello, la segunda instancia que podríamos agregar para pensar una nueva política democrática está vinculada con la elite de funcionarios públicos y su (ir)racionalidad. El análisis del autor muestra que las élites de fines del siglo

XX construyeron una política y una cultura dirigida a detener el desarrollo de la racionalidad popular y solucionar el problema de la “admisión del demos a la vida política”. El objetivo era un electorado híbrido y consumidor, que compartiera las características de la audiencia del cine o la televisión. De esta manera, la racionalidad pública que los padres fundadores habían deseado para su tierra fue desplazada por una credulidad cuasi religiosa que también tiende a afectar la racionalidad de las elites. En consecuencia, Wolin plantea un necesario emprendimiento quizá aún más utópico que el primero: estimular y construir una “contra-élite” política que reúna el interés por la búsqueda de soluciones a la alarmante brecha social, que impulse la protección del medio ambiente y que, fundamentalmente, combine el conocimiento y la habilidad con la responsabilidad pública de defender los valores e ideales democráticos.

Pamela V. Morales

JUICIO POLÍTICO AL PRESIDENTE Y NUEVA INESTABILIDAD POLÍTICA EN AMÉRICA LATINA

Aníbal Pérez-Liñán, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2009, 383 páginas.

La estabilización de regímenes democráticos en Latinoamérica durante las últimas dos décadas dio lugar a un amplio emprendimiento académico en que diferentes estudiosos analizaron diferentes facetas que hacen a su funcionamiento. Como parte de ese emprendimiento, *Juicio político al presidente...* constituye un invaluable aporte sobre un aspecto central, dada su relevancia teórica y política: la inestabilidad política que suele afectar a los países de la región.

Una extensa literatura se coloca como telón de fondo de esta contribución. Juan Linz abrió en 1984 esa línea de trabajo al elaborar el ya clásico argumento de que las características institucionales de los sistemas presidenciales influían de manera perversa sobre el comportamiento político, de manera tal de poner en peligro la democracia. Así pues, el secreto de la inestabilidad de las democracias presidenciales en Latinoamérica residía, precisamente, en el presidencialismo. La sugerencia de Linz era la adopción de gobiernos parlamentarios que promovieran democracias estables.

La contribución pionera de Linz dio lugar a una serie de aportes que, aunque compartían algunos de los elementos centrales de su argumento, matizaban su alcance. Así, el problema no era el

presidencialismo en sí mismo sino su combinación con multipartidismo (Mainwaring), presidentes con fuertes poderes institucionales (Shugart y Carey) o sistemas electorales que dificultaban la obtención de mayorías legislativas por parte del presidente (Jones). La sugerencia de esos autores era diseñar instituciones presidenciales que dieran viabilidad a la democracia.

Un aporte mucho más reciente ha puesto en duda la relación causal entre presidencialismo e inestabilidad. José Antonio Cheibub ha presentado evidencia empírica que parece apoyar el argumento de que la inestabilidad política no reflejaría las características de las instituciones adoptadas por las nuevas democracias (presidencialismo vs. parlamentarismo), sino las del régimen autoritario previo (autoritarismo militar vs. autoritarismo civil).

El debate académico sobre los motivos de la inestabilidad de las democracias presidenciales fue acompañado por una tendencia novedosa: la expansión global sin precedentes de regímenes democráticos capaces de mantenerse a lo largo del tiempo. Ello, sin embargo, no significó la completa desaparición de la inestabilidad política en Latinoamérica, sino la forma en que se expresa. El nuevo patrón de inestabilidad política se caracteriza por el surgimiento de crisis políticas que conducen a la remoción o renuncia de presidentes, sin que ello implique la ruptura democrática. Este constituye el foco principal del excelente estudio de Pérez-Liñán; de allí su relevancia empírica.

La relevancia teórica de este estudio radica no sólo en el conocimiento que ge-

nera sobre el funcionamiento de las nuevas democracias en la región, y especialmente sobre las características y causas de su nuevo patrón de inestabilidad política, sino también en el desafío que presenta a dos supuestos consolidados entre los estudiosos del presidencialismo latinoamericano. Por un lado, la idea de que esos regímenes carecen de la capacidad de procesar conflictos entre el ejecutivo y el legislativo sin recurrir a la intervención militar; por el otro lado, la idea de que los presidentes son demasiado fuertes y que los legisladores carecen de la capacidad de actuar como agentes de *accountability* democrática.

Juicio político al presidente... es sin dudas un estudio de primera línea que merece una cuidadosa lectura por todos aquellos interesados en el funcionamiento de las nuevas democracias latinoamericanas, así como por quienes tengan interés en el análisis institucional o la comunicación política. Pero también es una obra ineludible para quienes busquen una contribución rigurosa y sistemática en el campo de la política comparada. A lo largo de más de 300 páginas de texto principal, con una prosa prolija, clara y sucinta, Pérez-Liñán presenta las características y causas del nuevo patrón de inestabilidad política en la región. Haciendo gala de un inusual eclecticismo metodológico, el relato histórico y descriptivo se combina con el uso de técnicas estadísticas, tanto cuantitativas como cualitativas; mientras que el desarrollo verbal de argumentos es complementado en algunas secciones con formalizaciones y modelaciones que le aportan mayor rigor. La decisión de utilizar uno u otro recurso metodológico es cuidadosamente justifica-

da, poniendo en claro sus implicaciones y limitaciones. Todo ello no sólo aporta mayor rigor a la obra sino que facilita tanto la comprensión del texto como su replicabilidad.

Aunque el foco del estudio es la nueva inestabilidad política, la mayor parte del libro analiza una de sus modalidades: los procesos de juicio político o *impeachment* (capítulos 2, 3, 4, 5, y 6). La base empírica del análisis está constituida por los casos de juicio político a presidentes latinoamericanos entre 1992 y 2004. Ello incluye los procesos que terminaron con la destitución de cuatro presidentes (Fernando Collor de Melo en Brasil, 1992; Carlos Andrés Pérez en Venezuela, 1993; Abdalá Bucaram en Ecuador, 1997 y Raúl Cubas Grau en Paraguay, 1999), así como tres casos de juicio político fallido (Ernesto Samper en Colombia, 1996, y Luis González Macchi en Paraguay, 2002 y 2003).

A partir de un breve pero completo análisis de los eventos históricos que caracterizaron esos siete juicios políticos, así como de las principales interpretaciones existentes para cada uno de esos casos, el capítulo 2 infiere, por vía inductiva, cuatro elementos comunes que echan luz sobre sus motivos, dinámica y resultados. Esos elementos claves son: la falta de voluntad o capacidad de los militares para intervenir en política, el papel desempeñado por los medios masivos de comunicación en la creación de escándalos políticos que deterioran la imagen presidencial, la capacidad del presidente para construir una coalición legislativa que lo blinde frente a la posibilidad de un juicio político y la extensión de la

protesta popular. Cada uno de ellos es minuciosamente analizado en los siguientes cuatro capítulos.

En el capítulo 3 Pérez-Liñán registra el proceso de desmilitarización de la política, derivando dos implicaciones fundamentales respecto del nuevo patrón de inestabilidad. Por un lado, las soluciones civiles y constitucionales desplazaron de manera casi completa a las rupturas militares o cívico-militares que caracterizaban el viejo patrón de inestabilidad. Por el otro lado, las soluciones constitucionales convierten a la caída presidencial en el resultado típico en la medida que las constituciones latinoamericanas suelen contemplar mecanismos para remover al presidente (mediante juicio político o declaración de incapacidad) mientras que rara vez prevén la disolución del parlamento.

El capítulo 4 analiza el papel de los medios en la generación de escándalos mediáticos que erosionan la imagen presidencial. Allí se pone especial énfasis en la manera en que ciertas transformaciones políticas, económicas, tecnológicas y profesionales han llevado a adoptar un papel clave en el desarrollo de crisis políticas, especialmente mediante la publicación de hechos de corrupción en que se ven envueltos altos funcionarios, e incluso el presidente. Sin embargo, ello no explica las consecuencias que puedan tener esos escándalos, lo que es analizado en capítulo 5. Haciendo uso de breves reseñas históricas y estadísticas cuantitativas Pérez-Liñán presenta algunas conclusiones de especial relevancia. Por un lado, el autor sostiene que existe una retroalimentación entre escándalos e imagen presidencial: los escándalos

los afectan la imagen presidencial cuando se acumulan a lo largo del tiempo, pero la frecuencia e impacto de los escándalos crecen a medida que se erosiona la imagen presidencial. Por el otro lado, el estudio muestra, en lo que constituye una de sus conclusiones más importantes, que ni los escándalos ni la caída en la imagen del gobierno llevan por sí solas a la remoción presidencial: a ello deben sumarse las movilizaciones populares. Sin embargo, no cualquier protesta social es capaz de amenazar la estabilidad del presidente. Para que la protesta tenga un impacto letal es necesario que se exprese en la movilización de una amplia coalición callejera de sectores medios y bajos, con el objetivo común de destituir al presidente.

La caída presidencial por juicio político implica un proceso mediante el cual los legisladores remueven al presidente, o autorizan su remoción. Para ello, el capítulo 6 trata de establecer los determinantes de la decisión legislativa de enjuiciar o proteger al presidente. Según Pérez-Liñán, ello es función de una combinación de las reglas constitucionales para remover al presidente y la configuración partidaria del congreso, que facilita o dificulta la construcción de un “escudo legislativo” por parte del presidente. El requisito constitucional determina la cantidad de votos necesarios para bloquear las tentativas de juicio político. En ese sentido, el capítulo presenta un interesante análisis comparado de los diferentes mecanismos previstos en las constituciones latinoamericanas y en Estados Unidos para remover presidentes. Por su parte, la configuración partidaria influye en el apoyo legislativo efectivamen-

te recibido, que depende del tamaño del contingente legislativo del partido del presidente, de los problemas de disciplina partidaria que pueden disminuir el apoyo que el presidente obtenga de su propio partido, y de la política de formación de coaliciones que puede extender el apoyo a otros partidos.

Aunque la disposición de los legisladores a defender al gobierno se ve afectada por los escándalos de corrupción y el calendario electoral, el capítulo 6 muestra, en lo que constituye otra de las conclusiones cruciales del libro, que el factor más importante es la estrategia seguida por los presidentes para relacionarse con el congreso. Aquellos presidentes que desde el inicio de sus mandatos siguieron una estrategia negociadora, fueron capaces de construir una base de apoyo que los blindó antes los intentos de llevar a cabo juicios políticos (Samper y González Macchi). Por el contrario, los presidentes que alienaron al congreso, sea confrontando con ellos (Bucaram, Cubas) o siguiendo estrategias de aislamiento (Collor, Pérez), se encontraron en una posición más riesgosa en el momento de enfrentar los intentos de juicio político y fueron finalmente incapaces de mantenerse en el gobierno.

El análisis hasta aquí desarrollado presenta dos limitaciones. Por un lado, el juicio político es sólo un camino particular para remover presidentes, ya que algunos fueron removidos de su cargo sin que mediase juicio político. Ello obliga a preguntarse hasta qué punto las conclusiones obtenidas a partir del análisis de los juicios políticos son válidas para todos los casos de inestabilidad presidencial. Por otro lado,

aun cuando el foco se ampliara a todos los presidentes que renunciaron anticipadamente, con o sin juicio político, el diseño de investigación adolecería de un sesgo en la selección de casos que impediría inferir conclusiones confiables. Al elegir sólo casos en que los presidentes enfrentaron juicios políticos o renunciaron de manera anticipada (selección sobre la variable dependiente) se estaría sobreestimando el efecto causal de las variables explicativas. Ello se debe a que no se controla la posibilidad de que dichas variables hubiesen estado también presentes en los casos en que los presidentes completaron sus mandatos sin enfrentar situaciones conflictivas de importancia. Conciente de esas limitaciones Pérez-Liñán extiende su análisis, en el capítulo 7, a todo el universo de presidentes latinoamericanos entre 1990 y 2004. Utilizando estadísticas cualitativas y cuantitativas confirma los hallazgos obtenidos en los capítulos previos: si bien los escándalos de corrupción y la dinámica legislativa son elementos cruciales para analizar los juicios políticos, la principal fuerza detrás del colapso de los presidentes, con o sin juicio político, son las movilizaciones populares multiclasistas.

El libro cierra, en el capítulo 8, con el análisis de diferentes interpretaciones sobre las implicaciones teóricas y normativas del nuevo patrón de inestabilidad política, adoptando una posición cauta frente a quienes identifican al nuevo fenómeno con la parlamentarización del presidencialismo, el surgimiento de *accountability* social, o la expresión del poder popular. En todo caso, sugiere Pérez-Liñán, la nueva inestabilidad expresa una *accountability* espasmódica,

más apta para castigar que para prevenir acciones inadecuadas por parte del gobierno; para evitar la ruptura de la democracia que para poner cierre al ciclo perverso de dominio presidencial y caída del gobierno.

Así pues, Pérez-Liñán ofrece un estudio riguroso, sistemático y balanceado que constituye una contribución crucial a la comprensión de los casos empíricos analizados, a la explicación del nuevo patrón de inestabilidad política y al desarrollo de la política comparada.

Javier Zelaznik